

dome. Quiero alguna recompensa por mi largo sueño. De todas las cosas del mundo... En mi pasado todo mi sueño era volar. Ahora... Conserve usted el equilibrio.

—¡Me vigilan una docena de espías, señor!

Graham perdió la paciencia. Echó media docena de ternos, y se precipitó hacia las palancas de dirección, haciendo tambalear la aeropila.

—¡Soy yo el Amo del mundo—exclamó,—ó lo es esa Sociedad de Aerostación! Aparte las manos de las palancas y sujéteme las muñecas. Sí... así. Y ahora, ¿cómo hacemos para que incline la proa hacia tierra para deslizarnos?

—Señor—dijo el aeronauta.

—¿Qué ocurre?

—¡Me protegerá usted?

—¡Dios mío! Sí... así tuviera que pegarle fuego á Londres. ¡Ea!

Y con esta promesa Graham tomó su primera lección de navegación aérea.

—Esta jornada de hoy le proporciona á usted indiscutibles ventajas—dijo riendo á carcajadas, pues el aire era como un vino fuerte;—de modo que debe usted procurár enseñarme pronto y bien. ¿Tiro de él? ¡Ah! ¡Así! ¡Diantre!

—¡Atrás... señor, atrás!

—Atrás... muy bien. Uno... dos... tres... ¡Gran Dios! ¡Oh!, ¡sube! ¡Pero esto es una cosa viva!

Y la máquina comenzó á describir las figuras más extrañas en el aire; tan pronto giraba en una espiral de escasas cien yardas de diámetro, como surcaba el aire ó caía rectamente, rápidamente como un gavilán, para recobrar de nuevo la estabilidad y remontarse describiendo círculos. En uno de aquellos descensos á lo largo la aeropila pareció precipitarse hacia el parque de globos cautivos, instalados al sur de la ciudad, y merced á una diestra maniobra pudo evitarlos. La extraordinaria viveza y dulzura del movimiento, y el extraordinario efecto del aire enrarecido sobre su organismo, habían puesto á Graham como ébrio.

Pero por fin, un singular incidente vino á calmarlo, y

enviarle de nuevo á la vida cotidiana con todos sus negros é insolubles enigmas. Cuando había hecho dar á la máquina una embestida, oyó un golpe y algo pasó volando, y sintió la sensación de una gota de lluvia en su rostro. Después, continuando el descenso, vió algo que se parecía á un trapo blanco, que caía voltejando.

—¿Qué era eso?—preguntó.—No me he fijado.

El aeronauta miró, y luego se inclinó sobre la palanca para detenerse, pues continuaba descendiendo. Cuando la aeropila se remontaba de nuevo, exhaló un suspiro de alivio y contestó:

—Aquello—y señaló el blanco objeto que todavía estaba cayendo,—es un cisne.

—No le he visto—dijo Graham.

El aeronauta no contestó, y Graham vió algunas gotas de sudor en su frente.

Surcaron horizontalmente mientras Graham se encaramaba al asiento de pasajero. Y entonces comenzó un rápido descenso, con la hélice girando para amortiguar la caída, y las estaciones volantes adquiriendo mayor tamaño de momento en momento. El sol, ocultándose detrás de las colinas margosas, al oeste, descendía con ellos, dejando en el firmamento una bruma dorada.

Bien pronto los hombres fueron visibles como diminutas figuras. Graham oyó un gran ruido que parecía salir á su encuentro, un ruido semejante al de la resaca sobre un lecho de guijarros, y vió que los tejados estaban llenos de gente que le aplaudía por su feliz arribo. Una negra masa estaba apiñada en torno de las estaciones, una oscuridad salpicada de innumerables rostros, y agitándose con la imperceptible oscilación de pañuelos y manos que saludaban.

CAPITULO XVII

TRES DÍAS

En una dependencia, situada en la parte baja de la estación, Lincoln esperaba á los expedicionarios. No ocul-

taba su curiosidad por conocer los incidentes del viaje, y quedó muy complacido al oír hablar á Graham del gozo y del interés que experimentaba al oír hablar de la navegación aérea. Estaba verdaderamente entusiasmado.

—Quiero aprender á volar—decía;—quiero dominar ese mágico deporte. ¡Cuán dignas de compasión son esas pobres gentes que murieron sin saber lo que eso significaba! ¡Delicioso deporte! Es la cosa más maravillosa del mundo.

—¿Encuentra usted maravilloso nuestro mundo?—preguntó Lincoln.—No sé lo que ahora puede desear, pero tenemos una música que quizás le parezca completamente nueva.

—Por ahora—dijo Graham,—lo que más me domina es el deseo de volar. El aeronauta me ha dicho que hay ciertos inconvenientes para el aprendizaje, porque creo que los individuos del gremio han de ser juramentados.

—Es verdad—dijo Lincoln,—pero tratándose de usted no creo que haya dificultades serias; si realmente siente usted deseos de dedicarse á ese ejercicio, mañana mismo se le puede tomar juramento.

Graham dijo que no deseaba otra cosa, y habló con entusiasmo de sus últimas impresiones.

—¿Y de negocios, qué hay?—preguntó bruscamente.—¿Cómo van los asuntos?

—De eso le informará Ostrog mañana—contestó Lincoln, haciéndose el desentendido.—Todo se va arreglando; la revolución se impone para todo el mundo. Verdad es que se presentan algunos rozamientos, pero su gobierno se afirmará sólidamente. Puede usted descansar tranquilo en la previsión de Ostrog.

—Diga usted, ¿sería posible tomarme juramento de aeronauta inmediatamente, antes de irme á dormir?—preguntó Graham.—Porque si pudiese ser, mañana temprano me dedicaría ya á eso.

—Creo que sí es posible—respondió Lincoln pensativo.—Seguramente podrá ser... Yo venía preparado—añadió sonriendo maliciosamente,—para buscarle todo género de distracciones, pero ya veo que ha encontrado una por su propia cuenta. Desde aquí mismo avisaré por te-

léfono á las oficinas de aeronáutica, y después nos iremos á ver sus habitaciones de la sección de Semáforos. Después de terminada la comida, ya le esperarán los aeronautas; ¿pero no cree usted que para ayudar á hacer la digestión sería preferible otro género de distracciones?

—¿Cuáles?

—Tenemos unas bailarinas que proceden del teatro de Capri...

—Me fastidia el baile—contestó Graham secamente.—Siempre he sido de la misma opinión en esto. No son esas las distracciones que deseo. En mis tiempos ya había bailarinas y mucho antes también; ¡hasta en Egipto! Eso ya comprenderá usted que no constituye niuguna novedad; ¡pero volar!...

—Verdad es... ¡Pero nuestras bailarinas!...

—Pueden esperar; no me entusiasman. En cambio, quisiera instruirme en los progresos de la mecánica moderna. Prefiero desde luego la compañía de algunos doctos ingenieros. No quiero distracciones inútiles.

—Tiene usted el mundo entero para escoger, señor; el mundo entero es suyo.

Al llegar á este punto, se presentó Asano y bajo la salvaguardia de una fuerte escolta volvieron todos á atravesar las calles de la ciudad en dirección á las oficinas de Semáforos.

Multitudes mucho mayores que las que congregó su partida se habían reunido á presenciar la vuelta; las aclamaciones y gritos del pueblo ahogaban á veces las respuestas de Lincoln á las interminables preguntas que le sugería á Graham su viaje aéreo. Al principio éste correspondió á las aclamaciones con saludos y gestos afectuosos; pero Lincoln le advirtió que semejante conducta podría parecer incorrecta. Graham, que estaba también cansado de ceremonias, acabó por no hacer caso.

Tan pronto como llegaron á sus habitaciones, partió Asano en busca de representaciones cinematográficas; y Lincoln despachó las órdenes de Graham pidiendo modelos de máquinas grandes y pequeñas de todas clases para ilustrar al amo en los adelantos de los últimos siglos, que tanto ansiaba conocer.

No tardaron en llegar los objetos pedidos. En las experiencias que se hicieron con los pequeños modelos de aparatos de comunicación telegráfica, encontró Graham tal atractivo, que su comida, deliciosamente preparada y servida con suma delicadeza por jóvenes encantadoras, hubo de esperar un buen rato.

La costumbre de fumar había desaparecido casi por completo de la faz de la tierra; pero cuando Graham manifestó su deseo, después de muchas gestiones, pudieron encontrarse excelentes cigarros de la Florida, que le fueron enviados por medio de un despacho neumático mientras comía.

Después se presentaron los aeronautas; ante los cuales tuvo lugar la ceremonia del juramento, y un habilísimo ingeniero dió á continuación un espectáculo de ingeniosas maravillas; la exactitud y destreza de las máquinas de calcular, de construir, de hilar, los motores explosivos, elevadores de grano y agua, los aparatos de matadero y máquinas de segar, cautivaron la atención de Graham con una fascinación más poderosa de la que hubiera podido ejercer sobre él la bayadera más hermosa.

—Eramos salvajes—repetía á menudo,—¡completamente salvajes! ¡Estábamos en la edad de piedra comparada con esta! ¿Qué más podéis enseñarme? Porque no me canso de admirar vuestros prodigios.

Más tarde comparecieron algunos psicólogos experimentados é hicieron interesantes experiencias que evidenciaban los progresos del arte del hipnotismo. Los nombres de Milese, Bramwell, Fiechner, Liebauld, William James, Myers y Gurney, gozaban de tanta reputación que sus contemporáneos hubieran quedado atónitos. Varias aplicaciones prácticas de psicología eran ya de uso corriente; habían sustituido con ventaja á las drogas, anti-sépticos, anestésicos en medicina, y se empleaban por todos los que tenían necesidad de entregarse á trabajos que requerían una gran concentración mental. En este sentido parecía haberse alcanzado un aumento real de las facultades humanas. Los prodigios de los niños calculistas, las maravillas de los mesmerizadores, que Graham había siempre juzgado como cosa de magia y brujería,

estaban al alcance de todo el que podía procurarse los servicios de un buen hipnotizador.

Hacia tiempo que se habían suprimido los antiguos métodos de enseñanza; en lugar de consagrarse á un estudio penoso durante largos años, los que querían aprender algo se sometían por algunas semanas á la influencia hipnótica, y durante ella se les grababan las lecciones de un modo indeleble, reteniéndolas después continuamente. De hecho, todas las operaciones sometidas á reglas fijas, es decir, de especie casi matemática, estaban á cubierto de los desvaríos de la imaginación y de la impresionabilidad psíquica y alcanzaban un grado de exactitud nunca visto. Los niños de las clases trabajadoras, tan pronto como llegaban á la edad de ser hipnotizados, se convertían por este medio en una especie de máquinas vivientes, útiles desde luego para dirigir el trabajo de los talleres, sin necesidad de someterse al largo y fatigoso aprendizaje que consumía estérilmente una parte de la juventud de todo hombre en los tiempos victorianos. Los alumnos de aeronáutica que tenían propensión al vértigo, se curaban así de sus terrores imaginarios. En todas las calles había hipnotistas dispuestos á imprimir recuerdos permanentes en la memoria. Si alguien deseaba recordar un nombre, una serie de números, un canto, un discurso, podía hacerlo por este método; á la inversa, podían borrarse recuerdos penosos, abandonarse viciosos hábitos, desarraigarse deseos irrealizables. Estaba, pues, en uso una especie de cirugía psíquica que depuraba las almas arrancándoles todo gérmen de pesar y sufrimiento. El recuerdo de las indignidades cometidas en un instante de pasión y las humillaciones padecidas, se borraban enteramente; viudas enamoradas mataban el recuerdo de su primer esposo; amantes despechados se libertaban de su esclavitud amorosa... No obstante, aun era imposible intentar deseos, y los hechos relativos á la transmisión del pensamiento aún no habían llegado á sistematizarse.

Los psicólogos hicieron, por vía de ilustración á sus discursos, asombrosas experiencias de anemónica en un grupo de niños pálidos vestidos de azul. Graham, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no tenía

mucha confianza en el hipnotismo; de otro modo, hubiera podido descargar su ánimo de dolorosas preocupaciones; pero á pesar de que Lincoln le invitaba á experimentar en sí mismo tan saludables efectos, se atuvo á la vieja teoría de que ser hipnotizado equivalía en cierto modo á la renuncia de la personalidad, á la abdicación de la voluntad propia, y él ponía todo su empeño en permanecer absolutamente dueño de sí mismo.

Los tres días siguientes transcurrieron en la recapitulación de los adelantos humanos. Durante todo este tiempo Graham se entregó á las delicias de la navegación aérea. El tercer día atravesó toda Francia y llegó á la vista de los Alpes, cubiertos de nieve. Tan vigorosos ejercicios le producían un sueño tranquilo y reparador, y por momentos desaparecía de su rostro el estigma anémico con que le había seguido el larguísimo letargo en que permaneció durante siglos inerte y cadavérico.

Cuando no estaba en el aire, Lincoln se mostraba infatigable en procurarle diversiones. Le dieron cuanto de nuevo y curioso ofrecía la fecunda invención contemporánea, hasta que al fin, su apetito de novedades quedó casi saciado. Podrían llenarse algunos volúmenes con la descripción de las cosas extraordinarias que le exhibieron.

Todas las tardes dedicaba una hora ó poco más á recibir visitas, y gracias al trato íntimo y diario iba poco á poco compenetrándose con las costumbres contemporáneas y desechando rancias preocupaciones.

Al principio, la afectación en el vestir y el desacuerdo de las tendencias generales con sus rancieros principios aristocráticos y de nobleza, hubieron de inspirarle inevitable repugnancia; pero observó, no sin alguna extrañeza, que su primera hostilidad contra los nuevos usos y costumbres se desvanecía y comenzaba á apreciar desde otro punto de vista su situación personal, los nuevos aspectos sociales y las tradiciones del pasado.

Tomó gran afición á la rubia hija del administrador de los Mercados europeos, y conoció también á una joven bailarina en quien descubrió á una artista maravillosa.

Al tercer día, Lincoln se decidió á insinuarle que se trasladase á una ciudad de placer, pero Graham se negó.

El lazo de la localidad le retenía en Londres; encontraba un extraño placer en reconocer, á través de las modificaciones impresas por los años, los lugares en que se habían deslizado, ya tranquilas, ya agitadas, las inolvidables horas de su vida anterior, y este goce no hubiera podido hallarle en el extranjero.

En aquellos tres días estuvo tan absorto en sus distracciones, que no fijó su atención ni un sólo momento en el movimiento político. Diariamente acudía Ostrog, su gran visir, su mayordomo mayor, á comunicarle en vagos términos el estado de los negocios públicos y á darle seguridades de la estabilidad de su gobierno, á pesar de los pequeños disturbios y de las ligeras perturbaciones que surgían de cuando en cuando y que promovían algunos descontentos. El himno revolucionario no volvió á conturbar con sus ecos á las almas pacíficas de la ciudad.

Entonces, no obstante su interés por la hija del administrador de los Mercados, Graham pensaba con frecuencia en la joven Elena Wottou, que le había hablado de modo tan singular en la reunión del director de las alturas. Aquella joven había producido en él una impresión profunda y perduraba en medio de la tensión de ánimo en que le tenían sus investigaciones científicas, que le llevaban continuamente de sorpresa en sorpresa. Aquietada su ansia de conocer los novísimos procedimientos industriales, el recuerdo de Elena volvió casi á ocupar por completo su espíritu. Cavilaba sobre lo que habría querido decirle con aquellas frases entrecortadas, medio olvidadas ya, y la imagen de sus ojos seductores y la expresión animada de su rostro se le representaba más vivamente á medida que decaía su interés por las novedades mecánicas. La belleza sugestiva de aquella mujer enigmática era un nuevo incentivo á su curiosidad, y recreándose en el recuerdo de sus gracias, iba sintiendo que la simpatía que en él habían despertado podía ser el germen de una pasión más tierna.

Pero transcurrieron tres días completos sin que la volviera á ver.

CAPITULO XVIII

GRAHAM RECUERDA

Por fin, al día siguiente, la distinguió en una galería de las oficinas de la Región de las Alturas, cuando se dirigía á sus habitaciones, después de la recepción. La galería era alta y estrecha y había en ella una serie de ventanas de arco que daban á un patio de palmas. La joven estaba sentada en el hueco de una de aquellas ventanas; volvió la cabeza al oír el ruido de sus pasos, y al reconocerle se estremeció, palideciendo intensamente. Se levantó al instante, dió un paso hacia él como para dirigirle la palabra, y sin embargo permaneció silenciosa.

Graham se detuvo complacido y sonriente, esperando oír el timbre de su voz, que tan gratamente le había impresionado; pero advirtió que una agitación nerviosa la hacía enmudecer, á despecho de su deseo de hablarle, puesto que sólo para este fin le esperaba en aquel sitio. Para animarla á hacer sus confidencias le dijo:

—He pensado mucho en usted; deseaba verla. Recuerdo que días pasados me dijo usted que quería hablarme del pueblo. ¿Qué es lo que quería usted decirme?

La joven le miró con los ojos turbados por la emoción.

—¿Decía usted que el pueblo era desgraciado?

Esta pregunta tampoco alcanzó respuesta.

—Debió parecerle extraño mi atrevimiento al expresarme de aquel modo—dijo por fin.

—Algo me sorprendió, es verdad, pero...

—Fué un impulso irresistible.

Nuevamente pareció vacilar, pero después, haciendo un esfuerzo supremo y lanzando un profundo suspiro, añadió:

—Creo que se olvida usted...

—¿De quién?

—Del pueblo.

Graham la interrogó con la mirada.

—Ya veo que le sorprende lo que le digo; pero es que usted mismo no sabe quién es ni tiene noticia de lo que ocurre á su alrededor.

—No comprendo; si no se explica usted mejor...

La joven pareció adoptar una resolución suprema.

—Es muy difícil—dijo con voz trémula.—He intentado dar una forma á mi pensamiento, decirle de una manera clara y concisa las aspiraciones del pueblo, los anhelos de toda la humanidad, pero no puedo... no encuentro palabras apropiadas. No obstante, intentaré despertar en usted los sentimientos que se agitan entre el pueblo y que yo misma siento en el corazón. ¿No se siente usted maravillado ante el misterio que preside todo lo que con usted se relaciona? No le quepa duda. Ese sueño sin ejemplo, ese despertar tan extraordinario en una época tan distinta de la que le vió nacer, tienen indudablemente mucho de milagroso. Tan inusitado acontecimiento entraña la ejecución de designios providenciales. ¡Usted que ha vivido, sufrido y muerto; usted que era un simple ciudadano, al recibir nueva vida, por gracia particular del cielo, se encuentra dueño de casi toda la tierra!

—Es verdad, querida niña—replicó Graham, influido por el tono apasionado de su bella interlocutora,—me designan con el título de rey del mundo; pero no puede usted imaginarse las confusas impresiones que me produce la sorprendente situación en que he venido á encontrarme de un modo tan impensado, en medio de los enigmas de una sociedad que desconozco en absoluto. A mi alrededor oigo decir que me pertenecen las ciudades, los *trust*, la Compañía del Trabajo; que me pertenecen los dominios de la tierra, los principados, el poder y la gloria; oigo que me aclaman como dueño y rey, ¿pero cómo me podré hacer digno de tanto honor y riqueza? No desconozco que al concederme tan señalados privilegios se me imponen altos deberes, y deseo con toda mi alma cumplirlos á satisfacción de todos.

—¡Oh!—exclamó la joven en un transporte de ale-

gría.—Empezábamos á temer que le apartasen de su cumplimiento gentes interesadas en hacer fracasar los ideales de nuestra regeneración. Pero no, acepte usted las responsabilidades que corresponden á su eminente jerarquía y el pueblo le ayudará á cumplir la misión que le ha confiado el cielo. Durante la mitad de los años que ha durado el sueño de usted, muchas generaciones, multitudes inmensas, han orado sin cesar pidiendo su resurrección.

Graham escuchaba emocionado; después de una pausa, la joven continuó:

—Ha de saber usted que para muchos millares de gentes ha sido usted el rey Arturo, Barbarroja, el que había de venir á la tierra enviado por el cielo para hacer justicia.

—La imaginación del pueblo lo encuentra todo poético.

—¿No conoce usted nuestro proverbio: «Cuando el dormido despierte»? Mientras usted estaba dormido, su habitación era visitada por millares de personas que acudían en incesante peregrinación como á una nueva Meca. Cada primero de mes era usted expuesto al público, cubierto con un manto blanco, y el pueblo desfilaba ante usted severamente y mudo. Siendo yo niña le vi así, con el rostro pálido y tranquilo, y pensaba que despertaría usted cuando llegase la hora de la justicia. ¡Eso es lo que pensábamos de usted y eso es lo que nos parecía!

Guardó silencio por breves momentos, y después continuó con voz clara y enérgica:

—En esta ciudad, y en todo el mundo, millares de millares de hombres y mujeres esperan con inexpresable ansiedad ver lo que usted hará; pero únicamente tienen confianza en usted mismo. Ni Ostrog ni nadie pueden aceptar las responsabilidades que pesan sobre usted. ¿Cree usted, señor, que después de haber vivido aquella vida tan pequeña, la admiración, la reverencia y el amor de medio mundo le han rodeado de grandezas para que continuara viviendo lo mismo, y para que confiara en otros el cumplimiento de sus deberes?

—¡Oh!—dijo Graham,—¿quién me asegura que ese

poder no es una ilusión, que esa misión no es un delirio, que esa grandeza no es un efecto de mi propia alucinación?

—Es una realidad, señor, ¡y si usted se atreviese!...

—Después de todo, como todo reino, el mío es también una quimera, un sueño, una ilusión engañosa y fantástica.

—¡Si usted se atreviese!—repitió.—Millares de hombres acatarían lo que usted ordenase.

—¿Pero qué puedo hacer yo? No sé nada, y eso es lo que he tenido presente para abandonarme á la inacción. Ostrog y los suyos, que conocen en sus más íntimos detalles esta compleja organización para mí tan nueva, podrán hacer mucho más que yo en pro del pueblo. Pero en resumen, ¿de qué me habla usted?, ¿qué quiere decirme?, ¿qué es lo que debo saber?

—Aún soy casi una niña, pero no obstante, el mundo me parece lleno de miserias. Yo he orado porque usted despertase, para poder decirle después que el mundo está corroído por un cáncer que le ha robado la dicha y cuanto valía la pena de apetecer la existencia, y que no goza la plácida tranquilidad de la época de usted, que era la época de la libertad. Sí, he pensado mucho, porque yo tampoco soy feliz. Los hombres ya no son libres y tampoco son más grandes ni mejores que en la época de usted. Pero aun hay más; esta ciudad... es una cárcel. Y no crea que es esta sola; todas las ciudades de ahora son cárceles; estamos oprimidos por la riqueza de unos cuantos, y en cambio, millares de seres humanos no hacen más que padecer desde que nacen hasta que mueren. ¿Cree usted que eso es justo y que puede durar siempre? Vivimos mucho peor que hace siglos. No hay más que penas y dolores. Esos frívolos deleites de la vida elegante que le rodea, brillan al lado de desgracias tan inmensas que no es posible describirlas. ¡Solamente los pobres saben cuánto sufren! Multitudes inmensas afrontaron por usted la muerte hace poco; á ellos debe usted la vida. ¡Compadézcalos, señor!

—¡A ellos debo mi vida!—repitió Graham como un eco.

—Usted ha vivido en aquella época en que apenas había empezado la nueva tiranía de las ciudades, y créame usted, que es la más horrible de las tiranías. En su época, los señores feudales de la guerra habían pasado y aún no eran conocidos los señores feudales de las riquezas; muchos de los hombres vivían libres en el campo, pues las ciudades no los devoraban á todos. Yo he leído los libros de la historia antigua. Entonces había una nobleza que amparaba y abrigaba á los pobres, y éstos amaban y respetaban á aquélla. Entonces aún se conocía la felicidad...

—No tanto como cree usted; pero en fin, ¿cómo viven ahora?

—Ahora hay lujo y ciudades de placer para unos cuantos; para la mayoría desprecio, esclavitud y deshonra...

—¡Esclavitud!—dijo Graham con un gesto de incredulidad.—No creo que usted quiera decir que los hombres sean objeto de propiedad.

—Peor aun, y eso es lo que quiero que usted sepa, que lo vea con sus propios ojos. Ya sé que usted no lo sabe, que le alejarán del pueblo y que le llevarán á una ciudad de placer... Usted habrá visto hombres, mujeres y niños que llevan un uniforme azul claro, y que si no fuera por esto se podrían distinguir también por sus rostros pálidos y demacrados y sus ojos cansados...

—Sí, los he visto en todas partes...

—Y se habrá usted fijado en que hablan un dialecto horrible, repugnante...

—Sí, lo he oído...

—Pues bien: esos seres son esclavos de usted, esclavos de la Compañía del Trabajo, propiedad de usted.

—¿Es posible eso?... No puedo creerlo.

—¿Cómo podrá explicárselo?... Seguramente el uniforme azul habrá llamado su atención. Casi lo lleva una tercera parte del pueblo, y cada día aumenta su número. Esa Compañía del Trabajo ha adquirido proporciones extraordinarias...

—¿Cómo funciona?

—Antiguamente, ¿qué hacíais con los que padecían hambre?

—Había un establecimiento benéfico, el hospicio, sostenido por las parroquias.

—Sí, es verdad, lo he aprendido en la historia. Pues bien, la Compañía del Trabajo suprimió el hospicio; nació en parte de algo que usted recordará quizás: de una asociación religiosa que se llamaba el Ejército de Salvación, que se convirtió en una compañía de negocios. Al principio fué casi una institución caritativa, dedicada á redimir á los pobres del rigor del hospicio. Esa fué una de sus primeras propiedades que adquirieron los guardianes de usted; compraron el Ejército de Salvación y lo reorganizaron en la forma actual. La primitiva idea fué proporcionar trabajo á la gente sin hogar; pero hoy... hoy no hay hospicios ni lugares de refugio para los pobres, ni asilos de caridad; ¡no hay nada más que esa Compañía que tiene oficinas en todas partes! Todos esos seres van vestidos de azul, y el que tenga necesidad no tiene por fin más remedio que acudir á la Compañía ó morir de hambre. Figúrese usted que á todas horas del día y de la noche hay alimento, abrigo y un uniforme azul para el que llega; á cambio de esto, la Compañía exige un día de trabajo, terminado el cual, el visitante devuelve sus vestidos y se encuentra otra vez en la calle.

—¿Sí?

—Quizás esto no le parezca tan horrible. Antes había hombres que morían de hambre en medio de la calle, y eso ya sé que no es bueno, pero al fin morían. Los de hoy llevan un uniforme que les degrada. La Compañía negocia con su trabajo y tiene cuidado de que la provisión no falte. Los pobres acuden á ella desesperados y muertos de hambre; comen y duermen una noche y un día, trabajan durante un día y pasado este tiempo salen otra vez. Si su trabajo ha satisfecho á los patronos, reciben una cantidad suficiente para una función de teatro, ó un salón de baile de poco precio, ó una historia de cinematógrafo, ó una comida ó una apuesta. Cuando lo han gastado, se van á andar de un lado á otro; mendigar está prohibido terminantemente, y por otra parte, nadie da tampoco limosna. Así es que no tienen más remedio que volver, impulsados por el hambre. Los vestidos se les caen á

pedazos, y para reponerlos han de trabajar meses enteros. Bajo el cuidado de la Compañía nacen; la madre sólo puede disponer de ellos durante el primer mes. La Compañía los cría y los educa hasta los catorce años, y ellos pagan con dos años de servicio. Puede usted tener la seguridad de que no hay redención posible para esos niños, y de que están condenados durante toda su vida á llevar el uniforme azul.

—¿Y no hay mendigos en la ciudad?

—Ninguno. Llevan el uniforme azul ó van á la cárcel.

—¿Y si no quieren trabajar?

—No tienen más remedio si no quieren morir de hambre; además, la Compañía tiene poderes excepcionales. Hay diversos grados de castigos, y el hombre que se ha negado una sola vez á trabajar es señalado con una marca para que le conozcan en todas las oficinas que la Compañía tiene en el mundo. Después, un pobre no puede salir de la ciudad. Ir á París cuesta dos leones. Para el caso de insubordinación, ahí están las prisiones, oscuras y miserables, y no es posible sustraerse á su influencia.

—¿Y la tercera parte del pueblo lleva uniforme azul?

—Más de la tercera parte. Son condenados que viven sin orgullo, sin placer, sin esperanza, oyendo continuamente hablar de las ciudades de placer y con los ojos deslumbrados por las disipaciones de los poderosos. Ni aún les queda el refugio de aislarse. Así hay muchos millones de seres, embrutecidos, indiferentes á sus propios sufrimientos, ignorándolo todo menos su impotencia para la felicidad y sus deseos nunca satisfechos. Nacen, se anulan y mueren. En esta situación están.

Graham quedó meditando y silencioso. Después dijo:

—Pero la revolución ha estallado y todo esto cambiará. Astrog ha organizado el movimiento contra el Consejo y continuará su obra.

—Astrog no hará nada; es un político y para él las cosas están bien así; no pensará en reformar cosa alguna, sino en aprovecharse del orden establecido. Los ricos, los influyentes, los dichosos, acaban por aceptar estas miserias como una cosa natural; emplean al pueblo para su política y le degradan para vivir con holgura. Pero

usted, usted, señor, que ha vivido en otra edad más dichosa, no les olvidará, ¿verdad?

Mientras hablaba, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. Graham sintió una dulce emoción bajo la magnética influencia de aquellos ojos llorosos, de aquel pecho palpitante. Por un momento olvidó á Astrog y al pueblo; tomó una de sus manos entre las suyas y la atrajo hacia sí con un movimiento de efusión.

—¿Qué puedo hacer?—la dijo con acento afectuoso y clavando en ella una mirada impregnada de ternura.—Sólo deseo complacerla.

—Gobierne usted—respondió inclinándose hacia él y en voz muy baja.—Gobierne usted el mundo como nunca ha sido gobernado, haga usted la felicidad de los hombres. Si quiere usted puede hacerlo... El mundo entero se agita en angustiosa convulsión. No hace falta más que usted hable para reanimarle... Hable usted... Hasta la clase media se siente intranquila y desanimada. A usted le ocultan lo que ocurre, pero tenga la seguridad de que no volverá al yugo del trabajo, no se dejará desarmar. Astrog, sin darse cuenta y sólo para la consecución de sus ambiciones, ha despertado en el pueblo la esperanza y no se dejará defraudar tan fácilmente.

Graham escuchaba absorto y el corazón le latía con violencia.

—No necesitan más que alguien que les guíe.

—¿Y después?

—Después hará usted lo que quiera; el mundo le pertenece.

—Esa es la historia de siempre, es la humanidad eternamente dolorida. Yo mismo he pensado cien veces en eso: ¡libertad, felicidad y alegría! ¿Pero cómo es posible que un solo hombre, por muy buena voluntad que tenga?...

—No será un hombre solo, sino todos los hombres... Déles usted un jefe y la cosa estará hecha.

—No tengo tanta fe coma usted—dijo Graham—porque tampoco soy tan joven. Pero créame usted, ese poder me anonada y quisiera hacer, no bien, porque no tengo fuerzas para tanto, pero sí algo que se pareciese más al

bien que al mal. De todos modos, estoy resuelto á gobernar. Usted me ha abierto los ojos... tiene usted razón... Astrog no tendrá más remedio que quedarse en un puesto subalterno y yo sabré imponerle mi autoridad... Lo que sí le prometo es que estoy dispuesto á que acabe esta esclavitud del trabajo.

—¿Y usted gobernará?

—Sí; pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que usted me ayudará.

—¿Yo? ¡Una niña!

—Sí. ¿No ve usted que estoy completamente solo y que necesito del afecto de una persona joven y animosa?

—Sí, le ayudaré con todas mis fuerzas. Cuente usted conmigo.

En aquel momento estaba hermosa, adorable, y Graham la miraba como deslumbrado.

—Entonces, gobernaré sin duda alguna. Pero tenga usted presente que no gobernaré si no es con usted. En este momento debe Astrog estar aguardándome; tengo que hacerle algunas preguntas, porque hay muchas cosas que ignoro. No tendría nada de particular que viese por mis propios ojos lo que usted deseaba decirme...

—Ya sabré yo dónde va usted y podremos vernos otra vez aquí mismo.

Los dos se miraron fijamente, con expresión amorosa, y después Graham se dirigió á las oficinas de la Dirección de las Alturas.

CAPITULO XIX

LAS MIRAS DE ASTROG

Astrog ya esperaba á Graham con objeto de darle cuenta de la marcha de los asuntos del día, y este último, al contrario de lo que había hecho en días anteriores, en

que lo único que deseaba era acabar pronto para dedicarse á sus distracciones favoritas, le sometió á un verdadero interrogatorio, pues no quería ignorar ni los más insignificantes detalles.

Ostrog le dió noticias satisfactorias, sobre todo por lo que al extranjero se refería; en París y Berlín habían ocurrido algunos disturbios, pero sin importancia; todo se reducía á algunos casos aislados de insubordinación.

—Después de tantos años—añadió Ostrog en vista de que Graham le apremiaba con sus preguntas—la Comuna ha levantado de nuevo la cabeza. Eso es lo que ha motivado todos los desórdenes, pero en la actualidad ya no hay nada que temer.

Graham preguntó si había habido alguna colisión.

—Una cosa parecida ha ocurrido en París, pero la división del Senegal de nuestra policía africana estaba dispuesta y prevenida para cualquier acontecimiento, y otro tanto pasaba con los aeroplanos. Esperábamos alguna perturbación en las ciudades del continente y en América, pero en América todo está tranquilo; ha producido gran satisfacción la caída del Consejo.

—¿Y por qué esperaba usted que hubiese perturbaciones?

—Porque hay mucho descontento entre las gentes...

—¿Quizás tiene algo que ver con eso la Compañía del Trabajo?

—Veo que usted va aprendiendo mucho...—dijo Ostrog con cierto aire de sorpresa.—No va usted descaminado, en efecto. El principal motivo de descontento lo constituyen las Compañías del Trabajo; precisamente ese descontento, coincidiendo con el despertar de usted, fué el que nos proporcionó el pretexto para acabar con el Consejo.

—¿De veras?

—Para utilizar esta fuerza—añadió Ostrog sonriendo—tuvimos que resucitar los antiguos principios de felicidad universal, condensados en estas aspiraciones; todos los hombres iguales, todos felices; ningún lujo que todos no puedan compartir; estas ideas han dormido por espacio de dos siglos. A pesar de que esos ideales son imposibles, era

preciso despertarlos para derribar al Consejo. Y después...

—¿Qué?

—Ya hemos hecho la revolución, hemos promovido la caída del Consejo, y el pueblo que hemos despertado... continúa sobre las armas y reclama el cumplimiento de las promesas que se le han hecho. Nosotros mismos que hemos promovido esos sentimientos en el pueblo, no creímos nunca que llegara á tanto. Ya ve usted; en París no tuvimos más remedio que apelar á la fuerza.

—¿Y aquí?

—Aquí tampoco hay mucho orden; las gentes no quieren volver al trabajo y hay huelga general. La mayor parte de las fábricas están paradas y los obreros van por las calles hambrientos y en actitud nada tranquilizadora. Se habla de la Comuna y algunos de los poderosos han sido insultados por las calles; los proletarios lo esperan todo de usted... Pero no haga usted caso ni se preocupe de eso. Hemos echado mano de las máquinas noticieras para combatir toda sugestión contraria á la causa del orden y de la ley. No hay que dejarse atemorizar.

—Y esa necesidad de emplear medios de rigor, ¿llega hasta el extremo de tener que emplear policía negra? —preguntó Graham con aire de indiferencia.

—Es muy útil esa policía. Son muy brutos y completamente leales, sin el menor asomo de esas ideas que están echando á perder la cabeza de nuestro populacho. Si el Consejo los hubiese tenido á su lado; no hubiese ocurrido lo que ha ocurrido. No crea usted, lo único que hay que temer son algunos motines y destrozos sin consecuencias. En cuanto á usted, si se produjese algún alboroto, puede manejar la máquina volante y llegar hasta Capri. Los elementos más importantes están de nuestra parte; los aeronautas son privilegiados y forman la liga más impenetrable del mundo, y lo propio acontece con los ingenieros de la Dirección de las Alturas. Tenemos el dominio del aire y el dominio del aire es también el dominio de la tierra. Nadie que tenga habilidad política tramará nada contra nosotros. El pueblo cuenta únicamente con algunos campeones de acción de las sociedades

secretas que organizamos antes de que usted despertara, y que no son sino unos pobres infelices, llenos de ilusiones irrealizables. Ninguno de ellos serviría para ponerse al frente de un movimiento revolucionario. Lo más que podría ocurrir sería algún disturbio aislado, pero en cuanto á revoluciones, créame usted que no hay miedo.

—Yo también lo creo así—dijo Graham.—Vuestro mundo lo he encontrado lleno de sorpresas. Antiguamente pensábamos nosotros en una maravillosa vida democrática, en una época de igualdad y felicidad para todos los hombres, que, por lo visto, era pura utopía...

Ostrog le escuchaba receloso.

—Los días de la democracia—dijo—han pasado para siempre. Empezaron con los arqueros y acabaron cuando los ejércitos dejaron de ganar batallas en el mundo, cuando los costosos cañones y los grandes acorazados y ferrocarriles estratégicos dejaron de ser la expresión del poder de las naciones. Esta es la época de las riquezas; la riqueza, un poder tan grande como jamás se ha conocido otro, domina la tierra, el mar y el aire. Todo el mundo es hoy de los que pueden manejar grandes riquezas. Debe usted aceptar estos hechos consumados. ¿Cree usted posible que el mundo y el gobierno puedan ser para la multitud? Aun en vuestros días fueron condenadas estas aspiraciones, pero contaban con algunos adeptos entre el elemento intelectual; hoy, no.

Graham no contestó; estaba sumido en profundas meditaciones.

—No—prosiguió Ostrog,—ha pasado definitivamente el día del hombre común. En campo abierto y en lucha personal, un hombre era tan bueno como otro. La primitiva aristocracia se sostenía precariamente gracias al empleo de la fuerza y de la audacia; los que la formaban eran hombres templados y valerosos que promovían á cada paso insurrecciones, duelos y motines; se consolidaron los castillos y las corazas y cayó ante el mosquete y el arco. Los días de la democracia no fueron más que un remolino en las corrientes de los siglos. El hombre común es hoy una unidad desamparada; en nuestros días tenemos esta gran máquina, la ciudad, con una organiza-

ción cuya complejidad traspasa los límites de su entendimiento.

—No obstante—dijo Graham—hay algo que se resiste, algo que vosotros estáis aprisionando, y no se resiste á la dominación.

—No tema usted—contestó Ostrog con una sonrisa forzada.—Como usted comprenderá, yo no he desatado esta fuerza para que se vuelva contra mí. Confíe en mí.

—¿Pero forzosamente el mundo ha de seguir por este camino?—dijo Graham reprimiendo su indignación.—¿Habrán sido vanas todas nuestras esperanzas?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Ostrog alarmado.—¿A qué esperanzas se refiere?

Yo vengo de la edad de la democracia, en cuya vitalidad tenía fe, y me encuentro con una tiranía aristocrática.

—Sí, pero usted es el primer tirano.

Graham movió la cabeza negativamente.

—Perfectamente—dijo Ostrog;—mire usted la cuestión desde un punto de vista general y verá usted como es este el camino que ha recorrido siempre la humanidad y que al final de cada etapa el resultado ha sido siempre idéntico; los fuertes fuéranlo; en una forma ó en otra, han dominado siempre y los débiles han sido dominados.

—¿Pero la aristocracia vuestra se compone de esas gentes que he encontrado en mis recepciones?

—De ningún modo. Esos, en su inmensa mayoría, son seres destinados á morir entre placeres y vicios. No tienen hijos y su raza se extinguirá. La aristocracia, después de todo, es muy útil para esos hombres ansiosos de placeres, y por otra parte es un medio muy eficaz para mejorar la raza.

—Es verdad—replicó Graham,—ellos pueden extinguirse dulce y placenteramente, ¡pero esas pobres multitudes!... Sufren horriblemente, y eso lo sé por usted.

Ostrog hizo un gesto de impaciencia.

—No se preocupe usted por eso—exclamó.—Todo quedará arreglado en pocos días. Esas multitudes son imbeciles. Créame usted que lo mismo da que mueran que que vivan. Si viven, es bastante fácil dominarlas y diri-

gírlas. Los hombres serviles no me son simpáticos. ¿Oyó usted, hace pocas noches, que esas gentes le aclamaban y cantaban? Era un canto que les habíamos enseñado; si hubiera usted preguntado á cualquiera de esos hombres por qué gritaba, no hubiera sabido responder. Entonces creían que por usted se hubieran dejado dar la muerte y no hubieran tenido ningún inconveniente en degollar al Consejo... Ya ve usted, hoy ya murmuran de los mismos que les llevaron al Consejo que tanto odiaban.

—No, no es eso—dijo Graham.—Si me aclamaban es porque sufren mucho y tenían esperanza en mí.

—¿Y cuál era su esperanza? ¿Qué derecho tienen á esperar? No saben trabajar y quieren la recompensa de los que saben. ¿Cuál cree usted que es la esperanza de la humanidad? Que algún día surja el superhombre y que el débil sea anulado si no eliminado. El mundo no será nunca dominado por los estúpidos, por los débiles. Estos también tienen un hermoso deber que cumplir: morir. Ya comprendo que usted, inglés de la época victoriana, no puede pensar lo mismo que nosotros; usted echa de menos las viejas formas del sistema representativo, los Consejos electivos, los Parlamentos y toda la farsa estúpida del siglo XIX. Está usted prevenido contra las ciudades de placer; debí haberlo previsto, pero mis ocupaciones no me lo han permitido. El pueblo siente sus entrañas roídas por la envidia, y como usted participa de sus sentimientos, no tiene nada de extraño que les sea usted simpático. Ahora mismo el populacho quiere destruir las ciudades de placer, sin tener en cuenta que á estas va á parar la escoria aristocrática, todos los viciosos é inútiles que destruyen su organismo alegremente. Todos ellos mueren sin sucesión, y así la humanidad va mejorando cada día más. Si el pueblo no fuese un loco, no envidiaría al rico su género de muerte. ¡Y es usted el que quiere emancipar á estos estúpidos trabajadores sin cerebro, que nosotros hemos esclavizado! Créame usted, están en la situación que se merecen.

—Ya rectificará usted sus juicios—añadió con una sonrisa que irritó á Graham.—Conozco esas ideas. En mi niñez leí vuestros antiguos libros y soñé también con la

libertad, pero después me he convencido de que ésta no es posible sin la sabiduría y el dominio de sí mismo. La libertad no consiste en que los demás la den á uno; se la ha de tomar uno mismo. Suponga usted por un momento que los imbéciles se colocaran por encima de nosotros. ¿Qué ocurriría? Pues que caerían bajo el poder de otros amos aun más duros que nosotros. No le quepa á usted duda. Mientras haya corderos habrá lobos. Tardará más ó menos, quizás algunos siglos, pero es seguro el advenimiento del aristócrata, del superhombre, aunque á ello se oponga la humanidad entera. Será inútil todo lo que hagan para libertarse del yugo. Dado caso de que pudieran deshacerse de nosotros, vendrían otros más tiranos. No puede dejar de ser de otro modo.

—Lo dudo—contestó Graham con aire de convencimiento.

Después de haber vacilado algunos momentos, sacudió la cabeza y dijo con tono autoritario:

—Necesito ver las cosas por mí mismo. Únicamente de ese modo podré comprender y juzgar. Eso es lo que quería decirle, Ostrog. No quiero ser rey en una ciudad de placer. Bastantes días he invertido en distracciones y en enterarme de vuestros inventos; lo que necesito ahora es ver de cerca á mi pueblo, á ese pueblo que trabaja y no come, quiero enterarme de todos los detalles.

—Se conoce que han influído mucho en usted las novelas realistas—dijo Ostrog con un tono ligeramente irónico, pero insuficiente para ocultar su preocupación.

—Quiero ver la realidad—contestó Graham.

—Pueden presentarse algunas dificultades...

—No creía que...

—De todos modos—dijo—tal vez... ¿Está usted empeñado en atravesar las calles y en tener contacto con el pueblo? Lo mejor será que se disfrace usted; la ciudad está terriblemente excitada y su presencia podría provocar un sangriento conflicto. Aunque no deja de tener sus inconvenientes la idea, á mí no me parece mal del todo. Si usted tiene interés en realizarla, se puede hallar el medio de que no ofrezca ningún peligro. Asano se encargará de

todo eso del disfraz y le acompañará también. Si puede ser de excelentes resultados la idea.

—¿Y no tendrá usted necesidad de consultarme nada? preguntó Graham herido por una extraña sospecha.

—De ningún modo. Creo que puede usted confiarme esto por algún tiempo—dijo Ostrog sonriendo,—aun cuando discrepemos en nuestra manera de apreciar las cosas. Graham le miró recelosamente.

—¿Y no teme usted ninguna colisión?

—No, no.

—Sin embargo, estoy pensando en esos negros, y como no creo que el pueblo intente hostilizarme, y después de todo soy el que manda, no quiero que se traigan negros á Londres. Es quizás una preocupación anticuada y rancia, pero tengo mis opiniones acerca de los europeos y de las razas inferiores.

Ostrog, mientras le escuchaba, fruncía el entrecejo.

—No he dado órdenes para que vengan negros á Londres, pero si fuera necesario...

—No, no. Ocurra lo que ocurra, no debe usted traer negros armados á Londres. Estoy completamente resuelto á que no los traigan.

CAPITULO XX

EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

Y aquella noche Graham, procurando pasar inadvertido y sin excitar sospechas, vestido como un empleado inferior de las Regiones Altas, y acompañado de Asano, llevando las ropas de los empleados de la Compañía del Trabajo, recorrió la ciudad que había entrevisto cuando estaba velada por la oscuridad. Pero ahora la veía iluminada y despierta, semejante á un torbellino de vida. A pesar de las disgregación de las fuerzas revolucionarias, á pesar del inusitado descontento, de los signos precur-